

En la instancia de aprendizaje del proceso de diseño conviene potenciar las capacidades cognitivas y creativas de los alumnos partiendo de los saberes previos (supuestos) con los que el alumno cuenta como esquema referencial en primera instancia al momento de iniciar el curso para que luego él mismo encuentre que sus saberes previos se enmarcan en disciplinas académicas específicas, y así su aprendizaje deviene en gran medida del potencial que él mismo ha adquirido como Sujeto-Objeto en la cultura.

La posición de Bruner se asienta en una hipótesis constructivista en un doble sentido: la mente es construida, literalmente, por la cultura, y la cultura ofrece la caja de herramientas con la cual la mente, a su vez, construye el mundo. En esta adquisición de elementos culturales, se adquieren los instrumentos de producción.

No solo se adquiere el conocimiento estabilizado, también los instrumentos a través de los cuales la cultura se genera.

El ser humano es conciencia activa, y por tanto constructor de realidades. Es posible definir al ser humano como un ser histórico y social, no sólo social. Lo que define al ser humano en cuanto tal es la reflexión de lo histórico-social como memoria personal; cada ser humano es su medio histórico y social, y es, además, la reflexión y el aporte a la transformación o inercia de ese medio. Desde la perspectiva aquí presentada el ser humano es, por sobre todo, un constructor. La intencionalidad humana es lo que mueve al mundo, lo transforma, lo mejora o lo empeora, lo hace evolucionar o involucionar.

El conocimiento más que un objeto externo, es una construcción interna.

Frente a esto es posible creer que esta concepción del ser humano como un ser histórico y social, no sólo social, es un salto cualitativo de importancia en cuanto a sus posibilidades creadoras y perfectibles. En tal concepción resulta inaceptable una educación meramente reproductora e insuficiente a la luz de las enormes potencialidades transformadoras y constructoras de realidad y sentido que posee el ser humano.

(El trabajo aquí expuesto es una síntesis de la justificación, fundamento, supuesto y marco teórico de mi proyecto de tesis de especialización en DiCom).

El diseñador: un super héroe V.I.P.

Laura Kurz

“¿Profesión?”: diseñador gráfico.

Parece que al enunciar estas palabras una luz divina cae sobre cada una de las personas que la emiten. ¿Qué nos pasa a los diseñadores?, ¿por qué el 90 % cree que por ser diseñador tiene un don divino?

Parecería ser que estudiar diseño nos da poderes sobrenaturales.

Hace un par de semanas en mi *blog* hice una pequeña encuesta tratando de entender el por qué los estudiantes elegían la carrera de diseño o publicidad.

Me encontré con respuestas muy variadas: 1. Por que sentían que les daba *status* (40 %); porque creían que cobrarían mucho dinero (40 %) y alguno que otro eligió

por amor a la profesión (20 %).

A partir de este resultado empecé a indagar a mí misma sobre el meollo de la cuestión... Y a su vez auto-evaluarme para ver si me había pasado lo mismo años anteriores cuando decidí elegir el diseño gráfico como profesión. Mi respuesta fue similar a la de muchos de éstos chicos, lamentablemente. Por eso se me ocurrió tratar de hacerles llegar esta apreciación a otros colegas, para intentar tomar conciencia y ayudar a la creación de diseñadores y no de “estrellas pop”.

Ya desde las aulas cometemos el error de hacerles creer que ésta profesión les permite cambiar el mundo. No, no es el mundo, solo algunos aspectos de la comunicación visual y eso deberían tenerlo muy en claro.

No somos médicos, no salvamos vidas, si podríamos decir que podemos llegar a mejorar la calidad de vida de algunos seres humanos.

Ahora otra cuestión que se proyecta desde el mismo lugar, el diseñador diseña para sus pares o para targets que están por encima del nivel medio de la población. Se imaginan un diseño editorial de David Carson para “Doña Rosa”? O nosotros mismos, diseñadores argentinos, hagamos *mea culpa*: Cuándo fue la última vez que hicimos un trabajo de diseño para los más carenciados? Solo un 2 % de los diseñadores realiza trabajos *ad honorem*. Parecería ser que si no hay un jugoso cheque o una promesa de “chapa” con quien estamos brindando nuestros servicios, no vale la pena el resto y caemos en este círculo sin fin de diseñar para los que “pueden entender el diseño” (y acá volvemos a esa concepción de que el diseño es un lenguaje especial, que solo unos pocos comprenden)

Me pregunto yo: el diseño no puede educar a los menos afortunados?

La respuesta está en la ética, la moral y la humanidad de cada uno de nosotros, colegas.

Alguno pensará, pero si no cobro no puedo vivir. El punto no está en los extremos de la situación, está justamente en aportar aunque sea un muy pequeño granito de arena para lograr entre todos una avalancha de solidaridad y hacer de nuestra profesión un aporte a la sociedad (desde la comunicación claro está).

¿Cómo se disemina ésta problemática entonces? Algunos docentes pecan de poco modestos y eso lo transmiten directamente a sus alumnos. Que a un diseñador le haya ido bien (que haya podido trabajar en importantes estudios, empresas, etc.), no le da derecho a sentirse el centro del mundo. Hay que capitalizar lo que uno logró a nivel profesional para transmitirlo de manera tal que el aporte a la creación de ese futuro diseñador que nos escucha con los ojos abiertos sea verdadero. Si nosotros solo hablamos de la gloria, le estamos mintiendo, creando falsas expectativas. El diseño como toda profesión tiene una cara buena y una mala. Es prudente que el alumno vea ambas y sea consciente de la realidad de la carrera que eligió.

Mostrarles el buen trabajo que hicimos o que otros diseñadores hicieron con Coca Cola no es la mejor opción, sino mostramos también el mal ejemplo de otra campaña que no fue tan exitosa. Así el alumno se va interiorizando con el concepto de que en el diseño, al ser una carrera muy subjetiva, existe la posibilidad de equivo-

carce, de no gustarle o comunicarles a todos por igual, que no hay fórmulas para un diseño exitoso.

La modestia es un regalo de los dioses, podemos enseñar sin vanagloriarnos, desde el respeto a nuestra profesión y a nuestros colegas, como así también a nuestros alumnos, sin crearles falsas expectativas.

Un alumno es una especie de hijo “temporal” al que educamos en una temática en especial. Le mentirían a sus hijos?

Educar no es un asunto simple, mucho menos en una universidad, donde los alumnos ya vienen con pre-conceptos, con ideas que la sociedad les plasma en sus cabezas y es entonces, la labor del docente, erradicar los conceptos erróneos y hacer valer los verdaderos, aportando a la creación de un profesional con altos valores morales, éticos y sobre todo humanos.

Ser diseñador es solo una profesión, ser humano es el primer paso hacia todos los caminos.

La bitácora retrospectiva y el coaching. En la estrategia de evaluación

Paola Lattuada

Cada ciclo lectivo, es un barajar y dar de nuevo. Es un nuevo camino por recorrer. Un nuevo grupo por descubrir, integrar y liderar. Y un nuevo equipo que *coachear*. Cada ciclo, se constituye en una nueva experiencia por develar, que se va delineando a medida que se transita el camino. El recorrido, se ajusta a los tiempos según el calendario planteado para cada período. Y así se llega al final, cuando la agenda marca la conclusión de un ciclo y el inicio de otro. Y se vuelve a empezar. Llegar al final para volver a empezar, cada vez, una tras otra.

Se podría pensar en formatos circulares. Círculos ascendentes serían, como una espiral que va evolucionando. Círculos que tras cada estímulo recibido a partir de la puesta en práctica y la experimentación, se vuelvan cada vez más virtuosos para quienes los integran. Círculos de enriquecimiento, de desarrollo y de evolución.

Sin embargo, en ese mix de variables que surgen de la radiografía inicial de cada comienzo de cada ciclo, toman lugar una multiplicidad de factores –diversos, impredecibles y dinámicos– que en su interacción se recrean de manera continua, conforme al avance de las clases, para de manera paulatina delinarse y configurarse en un todo, que es el grupo en sí. Un grupo con características, ritmos, expectativas y dialécticas propias. Así, cada experiencia es única y cada grupo se configura en una verdadera sociedad en miniatura, con todas sus particularidades, sus culturas, sus características y los roles que en ellas –indefectiblemente– emergen.

Así, con cada grupo, cada ciclo y cada perfil, se vuelven a revisar, ajustar, descartar o confirmar los recursos e instrumentos de evaluación a utilizar, en un intento de encontrar nuevas herramientas y adaptar las aplicadas según los resultados de las últimas experiencias. De esta forma, con cada ciclo, se actualizan las estrategias en evaluación, y en consecuencia, los elementos que la integran.

En este sentido, en líneas anteriores, se ha planteado la particularidad de la diversidad y la dinámica constante de cada grupo por un lado, y de cada ciclo por el otro. Y se ha explicitado la articulación de cada ciclo, gráficamente, en el ejemplo del espiral ascendente, análogo al círculo virtuoso. Y de manera aspiracional, estratégica y táctica, se materializa este abordaje como procesos continuos de aprendizaje y enriquecimiento. Y entonces, en este esquema, llega el momento de realizar el anclaje con dos términos protagonistas en este escrito: la bitácora retrospectiva y el *coaching*. Ambos, presentados como sólidos componentes en el proceso de desarrollo y evaluación de cada integrante de cada grupo en un ciclo determinado.

Según el diccionario de la Real Academia Española, por bitácora se entiende un <libro pequeño o conjunto de papel en que se lleva la cuenta y razón, o en el que se escriben algunas noticias, ordenanzas o instrucciones>; mientras que en su acepción en relación con la náutica, bitácora se entiende como un <libro en el que se apunta el rumbo, velocidad, maniobras y demás accidentes de la navegación>. Interesante acepción.

En el mundo del *yatching*, la bitácora sería el elemento que va acompañando el trayecto del recorrido y sirve para apuntar lo más relevante en relación a él. Éste, es el sentido más parecido a la bitácora que se propone en este escrito, como un recurso que va acompañando el desarrollo de cada ciclo, y en el que cada integrante del grupo puede ir anotando –en diferentes momentos– lo más significativo de la cursada. Al inicio, la propuesta es apuntar las propias expectativas –de cada integrante– respecto del curso que comienza. En el desarrollo, la idea es coincidir con grandes bloques temáticos o con momentos relevantes, los que actúen como facilitadores a la hora de hacer un *stop*, reflexionar y escribir... ¡Qué difícil les resulta escribir! La hoja en blanco, la consigna escueta, sin mínimo ni máximo de extensión, y el propósito de identificar y apuntar. Primero, expectativas. Luego, acompañando el transcurso del desarrollo, lo más significativo que cada uno rescata de esa etapa. Y al final, la mirada retrospectiva, que proviene del latín, *retrospicere*, mirar hacia atrás.

Y al mirar hacia atrás, la mirada retrospectiva se plasma en la bitácora y se corporiza en palabras y reflexiones, constituyéndose en un elemento sumamente enriquecedor en el propio *insight* de cada integrante, pensándose, reflexionándose, en su propio proceso de aprendizaje. Y en su propio proceso de evaluación. Ya que la bitácora retrospectiva facilita la mirada integradora y la toma de conciencia de cada uno de su propio punto de inicio, de sus momentos más significativos a lo largo del desarrollo del curso, y en el momento de la conclusión final, de su propia intervención en el ciclo. Y esto, conlleva a la comprensión de la propia evolución. Releyendo los apuntes de la bitácora, cada uno suele darse cuenta de cuáles fueron sus puntos de anclaje en el ciclo, y de cómo se fue sofisticando su relación con el objeto de estudio: más lejano y desdibujado quizás al inicio, tomando forma en el desarrollo, y definitivamente resignificado al final.

En este sentido, en cada ciclo, se podría pensar en el profesor a cargo del curso en el rol de líder o *coach* de